

Filosofía, de la teoría a la práctica

Fernando Hernández

La idea del relato surge de un trabajo que tuve que realizar para la materia Didáctica Especial y Prácticas de la Enseñanza en Filosofía. Es importante remarcar que una de las particularidades que tiene esta materia es que le permite a uno ser estudiante de filosofía en las clases teórico-prácticas y profesor de filosofía en las prácticas. El haber estado en la posición de estudiante y profesor al mismo tiempo enriqueció mi mirada sobre la filosofía y la manera en que esta es y puede ser enseñada. Esto se debe a que el pensamiento sobre qué es la filosofía y cómo se enseña es abordado desde perspectivas diferentes, lo que no quiere decir opuestas.

En ese entonces se nos pidió la confección de una carpeta en donde básicamente teníamos que contrastar, por un lado, las expectativas que poseíamos antes de iniciar la cursada de la materia y, por otro lado, los resultados que habíamos alcanzado al finalizar dicha cursada. Ese trabajo resultó significativo en la medida en que me permitió reflexionar sobre lo que había vivido y aprendido durante el año y a partir de eso observar ciertos aspectos de mi aprendizaje que de otro modo hubieran sido pasados por alto. Mi propuesta es retomar y desarrollar uno de los puntos que expuse en aquel trabajo, a saber, comparar dos tipos de experiencias: la de alumno de la carrera de filosofía y la de profesor de filosofía en la escuela secundaria.

Para poder llevar a cabo mi propuesta me gustaría hacer un ejercicio similar al que tuve que realizar cuando cursé Didáctica Especial. Quiero aprovechar esta oportunidad para recordar las expectativas que tenía antes de comenzar la carrera de filosofía para contrastarlas con los resultados que obtuve una vez finalizada la carrera. Por esta razón primeramente voy a exponer la concepción que tenía de la filosofía y qué entendía por “ser filósofo” cuando todavía estaba en el secundario para luego observar en qué medida se cumplieron aquellas expectativas.

Cada vez que escuchaba la palabra “filósofo” pensaba en alguien que sabía sobre muchos temas, que se hacía preguntas sobre la vida, el universo, preguntas profundas que intentaba responder de alguna manera. Pero sobre todas las cosas relacionaba esa palabra con la frase “conócete a ti mismo”. Para mí un filósofo era una persona que llevaba un estilo de vida particular, era aquel que, comprendiéndose a sí mismo, podía comprender a los demás y a la realidad en la que vivía para intentar transformar las cosas. Filósofo era aquel que trabajaba sobre sí para ser una mejor persona, intentando llevar una vida virtuosa, sin preguntarme por el significado de “vida virtuosa”. Este aspecto, que podemos llamar “práctico”, era fundamental en mi concepción de filósofo, tanto es así que si me imaginaba a una persona capaz de responder a cualquier interrogante que se le planteara pero que no se preocupara por mejorar sus acciones, no podía considerarlo un filósofo.

Tal vez esa concepción del filósofo se acerque demasiado a la del sabio, pidiéndole al filósofo que sea lo que no es pero que quiere ser. Sin embargo, había una diferencia entre ellos: el filósofo era la persona que, consciente de su ser, necesitaba esforzarse por llegar a ser sabio pero algún día iba alcanzar esa meta. El sabio, por tanto, era la consecuencia lógica del filósofo. Para resumir, puede decirse que antes de entrar a la carrera mi intención era desarrollar la capacidad de encontrar respuestas a muchas preguntas que me hacía, lo que llamo la parte teórica de la filosofía porque consiste en algo meramente especulativo, y también ser capaz de cambiar las cosas, aunque únicamente sea a mí mismo, lo que anteriormente llamé el aspecto práctico de la filosofía.

Mi experiencia como estudiantes de la carrera de filosofía en la UBA me dice que la manera de dar clases en la universidad está basada en una concepción particular que se tiene de la filosofía, la cual es entendida como algo puramente teórico, consistente en el análisis de textos y que generalmente se desarrolla de manera individual. En el transcurso de la carrera yo sentía que hacía filosofía en el momento de estudiar, cuando entraba a mi cuarto para dialogar con los filósofos; sin embargo, nunca sentí algo similar en las aulas. Con excepción de los seminarios, las clases solían consistir en la exposición de un resumen de los textos fuente o un análisis de los mismos por parte del docente pero nada más, y aunque estuviesen presentes alumnos y docente de filosofía y los grandes filósofos en sus obras, no existía diálogo filosófico alguno.

Mientras cursaba la carrera no me planteaba estas cosas, sino que me limitaba a asistir a las clases que me parecían interesantes, ya sea porque el docente al exponer el tema aportaba cosas que difícilmente hubiese visto en los textos por mí mismo o porque me resultaba entretenido escucharlo. Pero si las clases no tenían ninguna de estas dos características, o bien no asistía, o bien me quedaba en el fondo del aula haciendo alguna otra cosa, siempre pensando que los momentos para hacer filosofía era cuando me sentara a estudiar a algún autor o tema. Estos últimos momentos eran los más interesantes e intentaba recordar lo dicho por el profesor para sacarle más jugo a los textos. Sin embargo, nunca sentí la necesidad de compartir ese momento, es más, nunca pude estudiar en grupo, si me reunía con mis compañeros a estudiar era porque ya tenía todo estudiado y tal vez necesitaba pulir algunas cosas.

Cuando tuve que realizar las prácticas para Didáctica Especial, había decidido llevar al aula los diálogos que tenía con los filósofos en los momentos de estudiar, intentando integrar a los alumnos en los mismos. El tema de la unidad que tenía que desarrollar en las clases era la existencia de Dios. Al principio iba a las clases pensando únicamente en la manera en que iba a presentar los argumentos de los filósofos, prever cuáles podrían ser las preguntas o críticas que plantearan los alumnos o pensar yo esas preguntas para problematizar aún más el tema. Pero a medida que iban pasando las clases me daba cuenta que lo que decía o la forma en que decía las cosas no era recibido por todos los alumnos de la misma manera, a partir de ese momento comencé a prestar más atención a lo que iba a decir y también cómo lo iba a decir. A su vez, para darme cuenta sobre cómo debía actuar,

tenía que prestar atención a qué decían los alumnos, cómo lo decían y también a sus silencios y distracciones, porque eran indicios de algo.

Ahí puede observar que cuando el docente dialoga filosóficamente con los alumnos tiene que tener en consideración los pensamientos, creencias y sentimientos de los mismos, a su vez también están en juego los pensamientos, creencias y sentimientos del docente. Esto hace que al estar en un aula el docente tenga que ver cómo va a dar un tema, cómo va a preguntar y repreguntar, si es que es conveniente hacerlo porque quizá alguien pueda sentirse lastimado, ofendido o afectado de alguna. También está la posibilidad que uno de los alumnos pueda causar estos sentimientos al docente. Este aspecto no lo encontré en la carrera porque si había diálogo filosófico, éste se entablaba con los libros.

Las características que menciono hacían que la filosofía se volviera práctica en el aula, no solo en el sentido de “ponerla en práctica”, sino que había que pensar en el actuar para saber relacionarse de manera adecuada con los alumnos. Asimismo la filosofía se volvía grupal o comunitaria porque se daba en presencia de y junto a otras personas, a diferencia del aspecto solitario que tenía en la carrera. También es importante remarcar que por momentos los textos eran dejados de lado y que el diálogo filosófico con los alumnos lo abarcaba todo. Estos puntos obligaban que la filosofía no consistiera sólo en el análisis de textos y que nos viéramos inclinados a pensar por nosotros mismos en los temas que estábamos tratando, en lugar de intentar seguir el hilo argumental de un autor.

Sin saberlo estaba conociendo otra manera de entender la filosofía que era diferente a la que había aprendido estudiando en la universidad. Como profesor de filosofía me estaba enriqueciendo, estaba viviendo otra concepción de hacer filosofía y a la vez estaba desarrollando un aspecto de la filosofía que no había desarrollado durante la carrera. El hecho de pensar filosóficamente un tema junto con otras personas hace que todo sea más complejo porque cada palabra o acto de uno puede influir en el otro de manera positiva o negativa, y se hace aún más complejo si se tiene en cuenta que cada persona es diferente y lo que puede parecerle bien a uno tal vez le parezca malo a otro. Sin embargo, es esta complejidad la que educa porque obliga a pensar más acerca de uno mismo, los otros y la realidad.

Hasta el momento parecería que el diálogo que se entabla entre el docente y los alumnos resulta enriquecedor únicamente para el docente puesto que es este el que tiene que pensar y reflexionar sobre sus propios actos y el de los demás, obteniendo de esta manera cierto conocimiento práctico que le permite ser cada vez más prudente o asertivo en las clases; sin embargo, el diálogo también resulta enriquecedor para el alumno. Como dije anteriormente, lo característico de Didáctica Especial es que uno es al mismo tiempo alumno y docente de filosofía, y desde la perspectiva de alumno de Didáctica es que pude ver lo enriquecedor que resulta este aspecto práctico. Para ilustrarlo quiero contar brevemente lo que noté las veces que los docentes fueron a observar nuestras clases¹.

¹ Digo “nuestras” porque realicé las prácticas en pareja pedagógica.

Recuerdo que en aquellas dos oportunidades, una vez terminadas las clases, salí del aula muy susceptible de lo que fueran a decir, creo que esto se debía a que tenía la manía de que todo saliera perfecto pero la realidad fue muy distinta de lo que había pensado. También recuerdo haber observado que nuestros profesores anotaban muchas cosas en un cuaderno y que en el momento de hacernos la devolución lo tenían a mano. Cuando comenzó la charla estaba muy atento a lo que nos iban a decir y noté que ellos decidieron remarcar primeramente las cosas que estuvieron bien y luego mencionar aquello que había que corregir o cambiar. Luego de salir del colegio me puse a pensar en la forma en que nos habían hablado y observé que, cuando se sigue este método, la persona que escucha se predispone de mejor manera para llevar las cosas que se necesitan corregir, lo que produce que no se tome a mal las correcciones sino que intente hacer aquello que se remarca.

En el ejemplo que expongo hay un diálogo que tal vez no es filosófico pero sí uno que se entabla entre docente y alumnos; también hay un pensar sobre qué decir y cómo decir las cosas por parte del docente. Pero en esta oportunidad quiero resaltar que este diálogo resulta enriquecedor para el alumno porque, al pensar en el propio decir, el docente de alguna manera está enseñando a la otra persona a ser filósofo, en el sentido de hacerla un amante de la sabiduría. Particularmente, me gusta un proverbio que dice: “el que ama la corrección ama la sabiduría”, si tenemos en cuenta que la filosofía es el amor a la sabiduría, obtenemos que el que ama la corrección es filósofo. Ahora bien, el hecho de corregir de tal manera que la otra persona ame la corrección es hacer que el otro sea filósofo, especialmente en el aspecto práctico que mencioné anteriormente.

El diálogo entre el docente y los alumnos resulta enriquecedor para ambos en la medida en que estimula el desarrollo de ciertas habilidades que permiten la buena comunicación, esto es así en todo diálogo y más aún en el diálogo filosófico. Digo esto último porque al consistir la filosofía en la profundización metódica sobre un determinado tema es muy difícil que en tal camino no lleguen a aparecer los sentimientos. Un claro ejemplo son los diálogos socráticos en donde se observa que muchas veces el interlocutor se enoja con Sócrates cuando observa que desconoce un tema que creía conocer. Los diálogos filosóficos fácilmente se transforman en discusiones filosóficas y es por esta razón que si se quiere hacer filosofía junto con otras personas es necesario adquirir habilidades prácticas.

La enseñanza de la filosofía significó para mí el paso de una filosofía puramente teórica a una filosofía que también tiene su aspecto práctico. Creo que el oficio de profesor de filosofía es el camino que tengo que transitar para poder desarrollar la concepción de filósofo que siempre tuve. Es en el diálogo con los alumnos en el aula el que permite filosofar en conjunto sobre un tema, desprendiéndose de los textos y a la vez desarrollar la asertividad de poder plantear de manera adecuada los puntos de vista de cada uno, corrigiendo y aceptando ser corregido cuando hay equivocación. Por esta razón creo que para mi la carrera de filosofía comienza ahora, una vez terminada la carrera en la universidad.